**JAIME DONOSO**

**INTRODUCCIÓN A LA MÚSICA EN 20 LECTURAS**

**CUARTA EDICIÓN. 2020**

**EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE**

**CAPÍTULO 20**

**NUEVAS CONSIDERACIONES SOBRE MÚSICA Y SOCIEDAD.**

**(EN TORNO AL DERECHO AL SILENCIO Y LA VALORACIÓN DEL HECHO MUSICAL)**

Claude Achille Debussy, padre de la música moderna, compositor insigne y agudo crítico, expresó en cierta ocasión que la música debiera ser asunto tan hermético, de tan difícil acceso, que se lograra desanimar a muchos que se sirven de ella “con la facilidad con que se usa y desecha un pañuelo”. Propuso la creación de una Sociedad Esotérica Musical. En la afirmación hay ironía y seco humor, pero revela un trasfondo inquietante.

Esta opinión, expresada a comienzos del siglo, tiene más actualidad que nunca, pues pone el acento en el fenómeno, tan propio de nuestro tiempo, de la facilidad inaudita con que hoy nos podemos acercar a la música. Como todo aquello que se hace fácil, se corre el riesgo de no percatarse de su real valor. Todos sabemos que ése ha sido el mal del hombre del siglo XX, mil veces definido como la pérdida de la capacidad de asombro, concepto que de tanto repetirlo, tampoco nos asombra. Debussy quedaría atónito frente a la oferta de música de las más diferentes especies de que dispone el hombre de hoy a través de las redes. La música del mundo está disponible en todo momento y en los más insólitos espacios.

Esa disponibilidad excesiva tiene preocupantes consecuencias. Entre otras secuelas, nuestra época presencia el asalto a un derecho inalienable: el derecho al silencio, es decir, la prerrogativa de disfrutar y disponer del silencio, un acto plenamente voluntario en que nuestra opción puede ir desde el “no-sonido” absoluto hasta el sonido pleno y apabullante. La invasión no ha sido solicitada por nosotros, es impuesta, y ante nuestros oídos, sin orden ni concierto, muchas veces sin pedirlo, desfilan las obras maestras de la música occidental, originales o “arregladas”, en promiscua compañía con la música popular (buena o mala) y a veces convertida en estímulo auditivo para promover el consumo. Usadas y abusadas, integran la sinfonía cacofónica de la vida contemporánea. Postular la defensa del derecho al silencio, no debe entenderse como la simple ansia del descanso, la paz o el alejamiento de los ruidos de la ciudad. Es mucho más que eso. Se trata, también, de la afirmación del derecho a la música, pero valorada en su real y extraordinaria dimensión.

El análisis de la nueva relación música-sociedad, revela un terreno inagotable donde el cambio alcanza dimensiones gigantescas: la masificación a través de los medios reproductivos ha provocado una inundación musical vinculada a una industria de poder mundial. La ola ha traído fusiones de toda índole, no necesariamente criticables, que incluso ponen en jaque a antiguas dicotomías culturales (Oriente-Occidente; popular-docto). Occidente lo ha permeado todo; su repertorio clásico tradicional ha pasado a ser parte de la vida musical de cualquier gran ciudad de Oriente y los conservatorios en China, Japón o Corea, por ejemplo, están modelados sobre las instituciones similares europeas o norteamericanas. También las músicas “exóticas”, se graban, se difunden y están disponibles en todo el mundo, como nunca antes, pero están fuertemente amenazadas en su identidad. ¿Puede significar esto que la cultura musical de Occidente está demostrando una avasalladora “validez universal”?

Todo lo expuesto hace entender que en el presente se haya ido delineando una cierta añoranza, tal vez más intuida que pensada, respecto de los tiempos en que la música aparecía claramente vinculada a un ordenamiento superior; se siente una preocupación, aún vaga, por los daños que los malos usos de la música pudieran acarrear; una nostalgia, en suma, respecto del rol ético-formativo de la música a la más pura manera de los postulados de los antiguos griegos. En el estado de cosas expuesto, cuánto nos cuesta hoy entender la afirmación platónica: “si cambian los sonidos del sistema musical, cambian los fundamentos del Estado”. Indudablemente, dicha sentencia categórica debe analizarse a la luz de la doctrina del ethos platónico, que reconoce en la música un rol formativo de amplias consecuencias en el individuo y, a la larga, de la sociedad. Analizarlo a fondo, obligaría a pensar en el gran tema de la ética vinculada con la estética. Ética y estética reconciliadas ponen sobre la mesa las preguntas capitales: ¿por qué y para qué se hace y oye la música?

Un intento de respuesta: para descubrir la belleza de la Forma en una conformación sonora, para deslumbrarse con una propuesta humana de organización de los sonidos que nos permite intuir que ella es reflejo de un ordenamiento superior, del cual el arte musical sería una metáfora. Los sonidos organizados, de por sí asemánticos y, por tanto, susceptibles de infinitas lecturas, entrarán en sintonía con una visión personal del mundo y provocarán una enorme ampliación de ella. Podrá llegar a experimentarse un refinamiento tal de la vida perceptiva, que esa nueva condición permitirá descubrir lo bello donde se encuentre, en un sistema global de resonancias, cambiando la escala de valores y aplicándosela a toda manifestación humana. Quien esté imbuido de esta primicia, podrá emplearla en la creación de nuevos órdenes, en re-crear lo que otros han formulado, en reflexionar sobre estos procesos o en procurar transmitir a otros las alegrías propias de los mundos descubiertos.

Se trata pues, de una actividad tan claramente positiva y bienhechora, donde se juntan los aspectos “bueno porque es bello” y “bello porque es bueno”, que deja en claro de inmediato que la música no debería ser asunto baladí, ornamental y accesorio. Tampoco es una mera descarga de excedentes de energía de una sociedad que ya ha satisfecho sus necesidades “importantes”, como diría Read.

En nuestro propio país se vive la problemática que hoy enfrenta la “aldea global”, más los problemas específicos de nuestra realidad nacional inmediata. Durante mucho tiempo el desenvolvimiento de la actividad musical chilena en el siglo XX, incluida la composición, la interpretación y la difusión, reflejó un caminar a medias y a ciegas. Se avanzó en un proceso permanente de círculos inconclusos donde no pareciera haber existido la voluntad real o los medios para cerrarlos. Hemos aplicado las etapas finales de procesos extraños a nosotros, utilizando respuestas que otros imaginaron para solucionar preguntas distintas a las nuestras y que en su origen surgieron de un imperativo artístico. También hoy tenemos la tentación de declararnos post-modernos y tal vez nunca tuvimos la obligación ineludible de ser modernos.

Gran parte de la vida musical chilena se ha construido a pesar de insuficiencias dramáticas en infraestructura elemental. El porcentaje de jóvenes interesados en ser profesionales de la música aún es muy bajo, la educación musical escolar es a veces inexistente y el concepto que parte importante de la sociedad maneja, sigue siendo frívolo y glamoroso. Los logros que cada cierto tiempo se dan, muchas veces han sido milagros explicables sólo por la labor solitaria de algunos “espontáneos” o de instituciones que con grandes dificultades insisten en no dejarse vencer. Los desafíos en Chile, aún son de base, y construir una plataforma sólida implica atacar derechamente los aspectos sociales, educacionales y de infraestructura. Por ello, resulta tan esperanzador que en las últimas décadas se hayan afianzado iniciativas que han incorporado masivamente a niños y jóvenes a las prácticas musicales.

El mayor reto que experimenta la música hoy, en Chile y en cualquier lugar, es lograr insertarse en la vida social a partir de su pura esencia y no de elementos extraños a ella que la enturbian. Tal vez el siglo XXI, tan joven aun, sea propicio para este cambio y que las tecnologías asombrosas que nos son regaladas día a día, sean usadas para reencontrarse con el verdadero espíritu que anima a la música. Porque, en palabras de Beethoven, “la música es una expresión más alta que cualquier filosofía”, a lo que Nietzsche agregó: “Sin la música, la vida sería un error”.